

## INTRODUCCIÓN

Hasta fines de los noventa, los niños de las escuelas argentinas solían preparar algún acto para celebrar el Día de la Raza. El tono del discurso que alguna autoridad leía podía depender del carácter laico o religioso de la institución. Los maestros solían narrar la llegada de Cristóbal Colón a América como una aventura colmada de vicisitudes. En cuanto a la raza, el silencio era el mejor aliado. La historia contada –que un genovés convenciera a unos reyes españoles de que lo apoyaran para salir en busca de nuevas rutas de comercio marítimo con Oriente, pero terminara descubriendo América por accidente– tenía los ingredientes necesarios para despertar el asombro de los escolares como un cuento infantil. Había suficientes detalles para cautivarlos y que la atención no se desviara hacia preguntas incómodas. Fuera como fuera, lo cierto es que el 12 de octubre había perdido mucho de la significación que tuviera originariamente.

Aunque un decreto de 2010 firmado por la presidenta Cristina Fernández de Kirchner modificó el nombre por Día del Respeto a la Diversidad Cultural, lo cierto es que la efeméride no fue eliminada, si bien se suprimió la referencia a la raza. No faltaron quienes desde la prensa la pusieran en relación con el nazismo o la entendieran como una declaración de superioridad ante los pueblos originarios. Sucedió que nadie tenía el ánimo dispuesto a indagar en el porqué de aquel término tan polémico, cuando no repudiable en nuestro presente. No lo hicieron aquellos columnistas indignados, pero tampoco entre los investigadores nació el interés por ahondar en un asunto que por aquellos días estaba en el candelero. La «raza» que movió al presidente Hipólito Yrigoyen a instaurar la festividad en 1917 fue extirpada de la noche a la mañana, acusada de no estar acorde con los valores de la Constitución Nacional y los tratados internacionales firmados por Argentina<sup>1</sup>. A

---

<sup>1</sup> Cf. Decreto 1584/2010. «Feriados Nacionales», *Boletín Oficial de la República Argentina*, a. CXVIII, n° 32.020, Buenos Aires, 3 de noviembre de 2010.

pesar de la coincidencia con el Bicentenario, la bibliografía que encontramos sobre la época presta escasa o nula atención a la «raza».

Este trabajo puede ser leído como un aporte para comenzar a cubrir un vacío en la investigación, identificando cómo en el primer tercio del siglo XX emergió en Argentina un movimiento intelectual que promovía la unión con España, y en gran medida, también con otras repúblicas hispanohablantes del continente. En efecto, que el primer Gobierno radical decretara el Día de la Raza era el resultado de un clima intelectual que había favorecido la discusión sobre una identidad nacional, pero a su vez en un universo de sentidos mucho más amplio, que pudiera albergar en su seno a todos los pueblos que habían compuesto el Imperio español. Indagar por qué algunos intelectuales argentinos decidieron volver a mirar España, pasando página de una hispanofobia que había predominado en el siglo anterior, será el hilo conductor de este análisis que nos conduce a los textos de las primeras décadas del XX en un espacio que no era exclusivamente argentino, sino también español.

El enriquecimiento experimentado en Argentina a partir del último tercio del siglo XIX, que había favorecido la llegada de varios millones de inmigrantes, ofrecía las bases materiales para que algunas personalidades ilustres de la época desembarcaran en el Río de la Plata. Los años diez vieron desfilar a Anatole France, Enrico Ferri y Jean Jaurès, así como a Georges Clemenceau y la Infanta Isabel de Borbón. Al mismo tiempo, los argentinos acomodados se habituaron a viajar a Europa e hicieron de esa estancia un capítulo imprescindible en su formación cultural y estética, cuando no intelectual. Ya para los modernistas el paso por París era esa meca hacia la cual había que peregrinar al menos una vez en la vida. Pero la novedad que nos aportaba la nueva década era la visita a España, un país que había sido objeto de una ruda condena por su letargo y su retraso en relación con sus vecinos ricos de Europa. Con todo, el desdén había sido recíproco. En España, los hombres cultos tampoco habían tenido interés por lo que sucedía en América. Miguel de Unamuno lamentaba que los periódicos de las grandes capitales americanas quedaran arrumbados en las redacciones, en paquetes sin abrir, esperando que alguien los echara a la papelera. Igualmente, Ricardo Rojas se asombró de la falta de difusión de las letras argentinas cuando en Madrid no logró encontrar ningún ejemplar de *Facundo*.

Las siguientes páginas se ocuparán del tejido de relaciones que fue formándose entre los intelectuales de España y Argentina. Pero, por cierto, el acercamiento fue posible gracias a la conjunción de diversos factores. Algunos de estos eran materiales; otros, políticos y demográficos. No fal-

taba tampoco el deseo por expandir el mercado español hacia América. Si esas empresas escapan de este análisis, conviene tener presente que ese «americanismo económico» fue principalmente impulsado por la burguesía catalana, interesada en colocar sus productos industriales. Aun dejando de lado los asuntos mercantiles, Cataluña –más concretamente Barcelona– fue crucial en la elaboración de un discurso hispanoamericanista por parte de los intelectuales argentinos. En definitiva, aquel acercamiento tuvo varios canales, de tal forma que sería factible afirmar que hubo una vía económica, otra diplomática, y finalmente, una propiamente del campo intelectual. Entre aquellos no escaseaban las contradicciones y este último sería bastante crítico de los fines comerciales y las solemnidades de los banquetes de ministros.

El contexto internacional fue el sustrato de cultivo del hispanoamericanismo, que nacía como una alternativa al panamericanismo auspiciado por los Estados Unidos. La política exterior argentina ofreció resistencia desde el derecho internacional y la diplomacia a los propósitos de los Estados Unidos de avanzar su dominio a costa de la soberanía de sus vecinos del sur. Vicente Quesada y Roque Sáenz Peña fueron pioneros de un discurso antipanamericanista que buscaba bloquear el poder estadounidense mediante un andamiaje jurídico entre las repúblicas del otrora Impero español. Antecedentes históricos tenían en los intentos de Juan Bautista Alberdi por desarrollar una unidad continental, pero sin los Estados Unidos, regida por un marco legal internacional. Ya en el siglo XIX se habían ensayado otros proyectos de inspiración bolivariana. José Cecilio del Valle había publicado en 1822 un extenso manifiesto de unificación de la «América oscura» –la América Central– y la «América luminosa» –el Reino de Nueva Granada, Santa Fe, Caracas, Buenos Aires y Chile–. Había reflexionado sobre las disparidades y el desconocimiento entre sí de las excolonias, pero que al fin y al cabo pertenecían a una misma familia que se dilataba por el continente. Una gran federación americana era el camino para que todas lograran prosperidad y una defensa efectiva ante los peligros externos y las fragmentaciones internas. El Congreso de Panamá de 1826 estuvo guiado por esos postulados, pero sus resultados no fueron satisfactorios. Argentina no participó, como así tampoco lo hizo en el encuentro de 1848, en Lima, ni en el de 1856, que tuvo lugar en Santiago de Chile. Hubo una última oportunidad para que lo hiciera, en el Congreso de Lima de 1865, pero su representante, Domingo Faustino Sarmiento, no contó con la autorización del presidente Bartolomé Mitre. El país se mostraba reacio a una alianza que pudiera alterar el equilibrio de sus relaciones con las potencias

europas o condicionar la conquista de territorios, acción que lo llevaría a varios enfrentamientos por sus fronteras. Salvo Bernardo de Monteagudo –cercano a los ideales de José Cecilio del Valle– y Juan Bautista Alberdi, aquellas tentativas de unión no tuvieron adherentes hasta la Conferencia Interamericana de Washington en 1889.

Por otro lado, el modernismo había logrado construir un espacio de circulación continental como no había existido antes. Por primera vez, los escritores trascendían los confines de sus repúblicas y gozaban de reconocimiento en otras. José Martí fue el precursor de aquella dimensión de saberes compartidos, que establecería los pilares sobre los cuales se levantaría la reflexión sobre qué era ser de la América nuestra. Efectivamente, el modernismo no fue solamente una corriente estética, sino que también constituyó un lenguaje y una literatura en respuesta a aquella pregunta. La poesía de Rubén Darío –con toda claridad, a partir de *Cantos de vida y esperanza*– también encarnaba la inquietud de un hombre confrontado a un mundo que se estaba trastocando. Pero en el Cono Sur el modernismo tuvo sus notas singulares. *Ariel*, de José Enrique Rodó, reescribía y resignificaba el personaje de Shakespeare, Calibán, para hacer de él la personificación de unos Estados Unidos guiados por el instinto y el materialismo. El arielismo llegó para abonar un clima de ideas que el modernismo ya había configurado años antes. Pronto, esta convergencia entre modernismo y rescate de lo hispánico se materializará en un conjunto de obras literarias. Tal vez *La Gloria* de Don Ramiro, de Enrique Larreta, aparecida en 1908 y que alcanzaría un suceso considerable, sea el ejemplo más conocido.

En efecto, este estudio presenta el hispanoamericanismo como un movimiento intelectual que vio la luz en un contexto histórico y de ideas que ya el modernismo había anticipado. Con todo, el hispanoamericanismo no es reductible al modernismo, pero la necesidad por dar cuenta de una identidad de los americanos que hablaban la lengua española, más aún, de dar con el elemento diferenciador ante el Calibán, era anterior a los años diez. Sin embargo, es en aquel momento en que el hispanoamericanismo comienza a conjugarse con los discursos sobre la identidad de la Nación Argentina, dando lugar a la «raza» como mito fundante de la nacionalidad y la comunidad hispanoamericana. Sin duda, aquella articulación de una dimensión nacional con otra supranacional fue una originalidad, puesto que la cimentación de una conciencia de doble pertenencia no tenía su paralelo en los programas del nacionalismo europeo.

Si el siglo XIX había sido el de las «conquistas de los desiertos», resueltas estas, el XX lo será de otra conquista: la identidad nacional. Mientras

Argentina se volcaba a hacer efectiva la presencia del Estado en «las tierras ganadas al indio» o en las victorias bélicas contra los países limítrofes, toda propuesta de unidad continental era tenida como un obstáculo para sus fines. Para la Exposición Universal de Filadelfia de 1876 la Confederación Argentina exponía por primera vez un mapa mural en el que se había incorporado la Patagonia<sup>2</sup>. La constitución del territorio nacional se daba por realizada en torno a aquellos años, bien a pesar de los conflictos que persistían por la demarcación de sus fronteras. De la preocupación por el territorio de la Nación a la construcción de una identidad de la Nación se transitó en la primera década del siglo xx. Al lema «gobernar es poblar» le siguió el de «gobernar es nacionalizar».

Lo cierto es que el territorio se pobló de forma dispar y vertiginosa. Varios millones de inmigrantes –la gran mayoría del mediodía europeo, aunque no faltaron de otras regiones, como germanos, eslavos, británicos y del Oriente Próximo– terminaron concentrándose en los centros urbanos en torno al puerto, dado que el acceso a las tierras les era imposible a quienes no disponían de grandes fortunas. El mapa demográfico había cambiado radicalmente. La inmigración, que para la generación anterior era el factor necesario para vencer el atraso y poner en marcha la economía, fue sometida a examen. No llegaban masivamente los europeos de las áreas industrializadas y que pudieran aportar capital o conocimiento para desplegar las potencialidades del país. En cambio, el grueso de los que desembarcaban eran quienes anhelaban salir de la pobreza, o como se decía entonces, «hacerse la América». La percepción de los «argentinos viejos» de esa inmigración se tornó crítica, cuando no abiertamente cargada de juicios que hoy no dudaríamos en acusar de xenófobos.

La «masa migratoria», en realidad, no respondía unívocamente a una clase social que estaría en lucha contra otra. Esa lectura clasista ha sido muy frecuente en los estudios académicos y las cátedras de las universidades argentinas, lo cual sumó dificultades y enmascaró la diversidad del aporte migratorio. Sería absurdo negar que muchísimos de los recién llegados eran desheredados, campesinos o artesanos menores, pero también arribaron a las costas del Plata profesionales que fueron promotores de colegios, periódicos, hospitales y clubes, pero además, supieron trabar buenas relaciones con los gobernantes de turno y los criollos influyentes en la política y la

---

<sup>2</sup> Cf. Lois, Carla, «Un mapa para la Nación Argentina. Notas para una interpretación crítica del mapa político y sus interpretaciones cartográficas», *Huellas*, n° 19, 2015, pp. 193-215, p. 200.

economía. Rescatar el papel de aquellos inmigrantes es una tarea bastante reciente y que seguirá dándonos una imagen renovada de estos a medida que se profundicen las investigaciones. Por lo pronto, los avances hechos ya nos permiten dejar de lado el rígido esquema de una masa proletaria de origen extranjero enfrentada a una oligarquía nativa. A su vez, las distintas capas sociales fueron lo suficientemente permeables para hacer posible el ascenso social y la formación de estratos medios en muy poco tiempo.

Precisamente, fueron esos inmigrantes españoles que habían ganado prestigio quienes jugaron un rol importante en el reclamo por su reconocimiento como una comunidad que no estaba de paso en el país tan solo para enriquecerse, sino que era poseedora de una cultura valiosa, que al suelo argentino no le era extraña. Sin duda, fueron una pieza imprescindible en el fomento de una imagen positiva de España, tal vez mucho más efectiva que la diplomacia. No se trataba tampoco de mostrar una España monolítica, sino que la participación de sus regiones ocupaba un lugar central. Gallegos, vascos, catalanes, asturianos –los contingentes más numerosos– solían dejar entre paréntesis cualquier aspereza gracias a la sana distancia y la experiencia común de la migración.

Para que fluyera una comunicación entre los intelectuales de Argentina y España era necesario que compartieran afinidades y temas. Un ambiente propicio para el debate haría posible la circulación de ideas por el intercambio epistolar, la prensa, el libro y los viajes. España atravesaba una etapa crítica después de la derrota en Cuba y Filipinas, la cual despertó las simpatías de muchos americanos. No obstante, ningún proyecto hispanoamericanista se explicaría únicamente por ese sentimiento de compasión, ni mucho menos. El temor a ser absorbidos por los Estados Unidos podía encontrar razones en los países más pequeños y cercanos, pero en Argentina, más que temor, existía un fuerte deseo de ejercer un contrapeso que limitara la influencia cultural y política de «los anglosajones». Es así como esa oposición se vuelve una querrela por la raza de la América colonizada por los españoles contra la colonizada por los pueblos anglosajones. Entonces, será el momento de salir al encuentro de España, que aunque vencida como potencia y liquidada como imperio, tenía que ser descubierta por aquellos americanos que se veían cercados por la avanzada de su gran vecino del norte.

¿A qué se debía esa supuesta superioridad anglosajona que les otorgaba el derecho a tutelar a los pueblos menos desarrollados? ¿Era por la falta de educación, por una cultura inapropiada para el progreso o por una diferencia racial? Si el apogeo de España, Italia, y hasta Francia, había acabado,

¿eran decadentes estos pueblos de lenguas romances, al menos en comparación con los ingleses y alemanes? Todavía más, si aquellos viejos imperios habían perdido su esplendor y parecían paralizados ante los grandes pasos que estaba dando el progreso, ¿qué podía esperarse de la América bárbara? Argentinos y españoles –así también otros– tenían ante sí aquel desafío. A pesar de toda diferencia ideológica o de formación intelectual, los hispanoamericanistas de aquel período compartieron la negación de todos aquellos planteamientos que se sustentaban en teorías evolutivas de las razas. Por eso, para comprender qué conceptos circulaban hacia 1910 es menester indagar en la crisis del paradigma positivista.

En efecto, el rechazo al positivismo entre algunos intelectuales argentinos se tradujo en una potente puesta en tela de juicio del concepto de progreso y de que este fuera la medida del avance del proceso civilizatorio. La vieja dicotomía civilización-barbarie se revisa y entra en juego un tercer concepto, la cultura. Para quienes habían perdido la fe en el progreso material como remedio a la barbarie americana, este se presentaba como una fuerza destructora que en su carrera hacia adelante arrasaba con todo aquello que no fuera funcional al desarrollo económico. Efectivamente, la crítica ponía el acento en lo material, es decir, en aquello que más tarde se denominaría «crecimiento». Adaptarse al nuevo sistema mundial, que convertía a la Argentina en suministradora a gran escala de materias primas para las potencias industrializadas, requería una transformación para cumplir con aquella función. En suma, modernizar sus estructuras de producción, su campo, sus ciudades, y en consecuencia, los lazos sociales.

Son los primeros nacionalistas quienes deploran una Argentina convertida en una gran factoría. Había sido un error, según ellos, pensar que solamente mediante el progreso material podría lograrse una nación. Urgía disponer de una cultura nacional y fue en aquellos años que se emprendió la tarea de construirla con un discreto pasado, una escasa tradición literaria y un gran aporte del pensamiento europeo llegado para dar cierta estructura coherente a un material disperso. De esta manera, quien a sí mismo se definía como «escritor patriota», Manuel Gálvez, es deudor del nacionalismo francés –de Maurice Barrès, concretamente–. Por su parte, Ricardo Rojas diseñó su programa de educación nacional después de una atenta lectura de *Los discursos a la nación alemana*, de Fichte. Asimismo, tomó en prestamo los conceptos de genio territorial e intrahistoria de los pensadores del 98.

Sin embargo, la hispanofilia que emergió en Buenos Aires no fue exclusiva de los sectores sectores que comenzaban a identificarse como nacionalistas. De hecho, los hubo socialistas, radicales o anarquistas. A su vez,

entre las filas de los primeros nacionalistas encontramos al hispanófilo más notable de la época, Leopoldo Lugones. Qué hacer con el legado español –la lengua, la literatura y la historia anterior a la independencia– los dividía. Se abrían dos vías: o bien se entroncaba esa identidad nacional deseada dentro de una tradición hispana en suelo americano, lo cual también la acercaba a las otras repúblicas hispanohablantes; o bien se agudizaba la fractura y se marcaban las diferencias identitarias mediante una expresión literaria propia y una historia en la que la colonia no era más que la prehistoria de la nación. Asimismo, la raza será un asunto de debate entre quienes defendían una raza nacional y quienes apelaban a una instancia mayor, supranacional, que enlazaba a todos los hispanoamericanos, allende y aquende el Atlántico.

Llegado este punto, ya es posible afirmar aquí que nunca hubo en Argentina un único programa hispanoamericanista, sino varios, tal vez tantos como hispanoamericanistas. Es posible trazar afinidades entre ellos, pero no así dar con un plan común. Más aún, ninguno de ellos logró realmente escapar de las contradicciones, de los vacíos teóricos ni de las emergencias que les imponía la coyuntura. En breves palabras, pretender reconstruir un discurso sin fisuras irremediables es una labor que al investigador actual conduce a la desazón. Encontrar una explicación a esa ausencia de estructuración es el segundo paso que debería darse. La razón es, justamente, ese «irracionalismo criollo» que el mismo Manuel Gálvez reconocía al confesar su diletantismo.

Aparece una actitud que ha caracterizado los textos de la cultura argentina, que David Viñas con gran acierto llamó «la mirada estrábica». La reflexión sobre lo local no deja de tener un ojo puesto en Europa, y en lo posible, se apropia de todo aquello que le sea provechoso para dar respuesta a los problemas argentinos. Y esa apropiación de ideas europeas fue trepidante, aun entre los incipientes nacionalistas que encendían las alarmas ante la entrada de ideas extranjeras que pudieran poner en jaque el orden social. Además, al leer ciertos escritos, como los de Leopoldo Lugones, cabe preguntarse qué tan determinante fue la participación en los círculos porteños de las ciencias ocultas. Por una parte, el antipositivismo de estos se nutría de fuentes variopintas que poco y nada colaboraban en la construcción de un discurso sólido. Por otra, la fascinación por el libro europeo podía conducir al mimetismo, tal como sucede con algunos pasajes de la obra literaria de Manuel Ugarte.

La novedad que emerge en aquella *belle époque* argentina, y que es fundante del hispanoamericanismo, es el escritor que viaja a España con

el firme propósito de descubrir en ella un vínculo con su país. La visita a España había sido hasta entonces una breve escala portuaria o un paso fugaz de un recorrido por Europa en el que Francia era el destino soñado. Pero en torno al año 1910 y hasta la Gran Guerra, un puñado de escritores argentinos comienza a incluirla no ya como un pasaje accidental, sino como el punto principal del itinerario. A veces estaban movidos por alguna misión concreta, como Alberto Ghiraldo, que quería difundir la literatura argentina, o Ricardo Rojas, a quien el Estado le había encomendado analizar los sistemas educativos europeos. También Manuel Ugarte aprovechó su estancia para intentar dar a conocer su proyecto hispanoamericanista. De entre todos ellos, era Manuel Gálvez quien era llevado por un afán nada prosaico al imponerse la tarea de hallar una espiritualidad perdida en su patria. Ciertamente, ninguno había emprendido el viaje como un simple turista, sino que esperaban encontrar en España un suelo familiar y el reconocimiento de sus obras.

El Centenario fue la ocasión para que Argentina ofreciera al mundo una imagen de éxito y de esplendor económico. No obstante, fue una época de importantes y violentos conflictos sociales, además de reclamos por una mayor participación política. Se entrecruzaban el optimismo por haber alcanzado una indiscutible modernidad y el pesimismo de aquellos que, o bien creían que las transformaciones habían hecho perder la vieja fisonomía del país, o bien denunciaban la concentración de los frutos del desarrollo en pocas manos. Lo cierto es que bajo la fachada festiva existía la necesidad de emprender reformas que descomprimieran las tensiones sociales. En ese escenario apareció un primer nacionalismo empeñado en reconstruir una identidad que habría quedado diluida entre la inmigración y la modernización. Así es que tanto Manuel Gálvez como Ricardo Rojas partieron rumbo a España con el propósito de descubrir un origen hispano para la cultura argentina. Contemporáneo a ese nacionalismo era el peculiar socialismo de Manuel Ugarte, quien comenzaba a tomar distancia del internacionalismo e inauguraba una línea que más tarde se definiría como continentalista. Y finalmente, en este retablo también hay lugar para un anarquista, Alberto Ghiraldo, que a pesar de su prédica libertaria, no titubeaba a la hora de defender que Argentina y España se encontraban indisolublemente ligadas por la raza, lengua y la tradición literaria.

En buena medida, esos hombres reflejaban la complejidad del mapa intelectual del Centenario, que, claro está, tenía sus figuras dominantes, como Leopoldo Lugones o Joaquín V. González, que ensombrecían a Alberto Ghiraldo o Manuel Ugarte. No obstante, no es el objetivo dar un

panorama completo, ni mucho menos, de toda una época. El eje está en torno a quienes dentro de ese espacio iniciaron ese giro con respecto a la generación anterior. Ellos no solamente vivieron impregnados de ese «clima del Centenario» –que por cierto, no era una uniformidad de ideas, sino más bien una intersección–, sino que también pusieron un elemento nuevo al salir al encuentro de una raíz hispana, que anteriormente había sido considerada un peso del cual había que descargarse.

Aquel ir y venir de saberes y de intelectuales tiene su epicentro en 1910 y su punto de ruptura a finales de los años veinte. Con la llegada al poder de Miguel Primo de Rivera, en 1923, se hizo oficial en España un discurso que ataba la cultura española al tradicionalismo y el catolicismo. La «hispanidad» fue su bandera ideológica y todo sospechoso de herejía no era más que un «enemigo de España». Al mismo tiempo, América quedaba reducida a un apéndice de una España que pretendía volver a dar lustre a su pasado imperial. Entonces, la Madre Patria efectivamente aspiraba a convertirse en la tutora de un programa antidemocrático. El caballero cristiano se erigía como el héroe de una modalidad de ser español que velaba por los valores tradicionales y la moral del púlpito, a la vez que combatía cualquier desvío en la senda de la misión de salvaguardia de un mundo pretérito que la dictadura se había impuesto. Sin embargo, el quiebre con la intelectualidad argentina no fue inmediato. Las alarmas ya habían saltado, pero es en 1927, con la llamada «polémica del meridiano», que la trama de entendimiento y de diálogo se desgarró. Entonces salen a la luz los viejos problemas no resueltos, pero esta vez sin un interés por aportar nuevas propuestas, sino agudizarlos.

El hispanoamericanismo nunca logró salir de su difusa propuesta de unidad espiritual o de la raza. No llegó realmente a ser un programa de unidad de las repúblicas hispanohablantes y España, ya que su peso en las agendas políticas no fue el suficiente. Contaba con la competencia del panamericanismo y con la de las promesas del latinismo. Qué papel asignarle a la Europa latina –particularmente a Francia– había sido un asunto de fricción ya hacia la década de los años diez. Una unidad, fuese cual fuese, no podía dejar afuera el centro de cultura que los argentinos siempre habían mirado. Ese latinismo era incondicional en Manuel Ugarte, a pesar de lo mucho que se insistía actualmente en presentarlo como un precursor del latinoamericanismo como descolonización. Tampoco Manuel Gálvez se desprendía de su francofilia cuando miraba hacia España. El prisma francés mediaba a la hora de recuperar para la Nación Argentina una cultura en oposición a la anglosajona. Por eso, en 1927 se reabre la discusión sobre esa suerte de derecho de